

## Erik Olin Wright como *rara avis*. Balance del “último” marxista analítico\*

Julio Martínez-Cava Aguilar\*\*

Recibido: 26 de febrero de 2018 / Aceptado: 15 de junio de 2018

**Resumen.** En el presente artículo se realiza un balance de la obra del sociólogo norteamericano Erik Olin Wright. Se aborda su trayectoria como investigador prestando especial atención a los principios metodológicos (analíticos y normativos) que guían su producción teórica. Se ofrece un estudio genealógico de sus principales problemáticas a partir de los elementos que se consideran más determinantes: su enfoque *structural* sobre el concepto de clase, su particular lectura de Marx, su encaje *sui generis* en la tradición del marxismo analítico y el legado althusseriano que late de fondo en su obra. Finalmente se evalúan las implicaciones políticas de dichos principios metodológicos y de dichas vinculaciones.

**Palabras clave:** clase social; estructura de clase; marxismo analítico; método ahistórico.

[en] Erik Olin Wright as a *rara avis* case. A review of the “last” analytical marxist

**Abstract.** The present article put forward a review of the work of the American sociologist Erik Olin Wright. His trajectory will be critically approached as a researcher paying special attention to the methodological principles (analytical and normative) that guide all his theoretical production. A genealogical research of his main problematic is offered: his *structural* approach to class, his particular interpretation of K. Marx, his links (but in a *sui generis* way) to the intellectual tradition of “analytical Marxism”, and the theoretical inheritances of the “althusserian school”. Finally, the political implications of these methodological principles and of these linkages are evaluated.

**Keywords:** Social class; Class structure; Analytical Marxism; Ahistorical method.

**Sumario:** 1. Introducción. 2. El punto de partida: el concepto estructural de clase. 3. Poner a prueba el método: discusiones del siglo XXI. 4. La estrategia de integración teórica y el Marx sin Marx. 5. El legado del marxismo analítico. 6. Todos los caminos conducen a... ¡Althusser! 7. De la razón teórica a la razón práctica. ¿Un revival de “rawlsismo metodológico”? 8. Conclusiones.

**Cómo citar:** Martínez-Cava Aguilar, J. (2018). Erik Olin Wright como *rara avis*. Balance del “último” marxista analítico, en *Res publica* 21.2, 333-352.

\* El presente texto ha sido desarrollado en el marco del proyecto de investigación FFI2015-63707-P. El autor es beneficiario de la beca FPU14/07146 del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Agradezco las correcciones y los generosos comentarios realizados sobre un primer manuscrito por parte de los profesores Marc Pradel, Jordi Mundó, José Luis Moreno Pestaña, David Cassassas y del recientemente fallecido Antoni Domènech, a los que, por descontento, eximo de toda responsabilidad sobre lo expuesto aquí.

\*\* Universidad de Barcelona  
juliomartinezcava@ub.edu

A Antoni Domènech, in memoriam

## 1. Introducción

Desde que en 1976 apareciera publicado su primer artículo sobre clases sociales<sup>1</sup>, el sociólogo norteamericano E.O. Wright se ha ido consolidando como uno de los teóricos de inspiración marxiana más leídos en el mundo académico, especialmente tras la publicación de su primera gran obra *Classes*<sup>2</sup> y tras su nombramiento como presidente de la *American Sociological Association* en 2012. Son cuarenta años dedicados al proyecto de clarificar el concepto de “clase social” y sus aledaños, cuarenta años influenciados por las “coyunturas ideológicas” de cada momento histórico: el auge de los teóricos marxistas y radicales en los años 60-70, la implacable extensión de la hegemonía neoliberal y los efectos del manido “giro-linguístico” y la *french theory* en la sociología norteamericana desde los 80-90, el profundo impacto de la obra de John Rawls y los debates sobre justicia distributiva, o el nuevo “paradigma de la desigualdad”<sup>3</sup> en ciencias sociales a raíz del estallido de la crisis de 2008. Si la obra de E.O. Wright tiene la virtud de haberse mantenido firmemente comprometida con los mismos principios analíticos y normativos durante todos estos años (generar herramientas teóricas que fortalezcan las luchas por el socialismo democrático y defender para ello la centralidad del poder explicativo del concepto de clase), al mismo tiempo carga con el peso de su origen, como si el esfuerzo de preservar lo básico en “época de vacas flacas” lo hubiera arrastrado a una fetichización de un arsenal teórico en parte caducado. En el presente artículo trataremos de analizar las claves de su proyecto a través de una revisión de algunos pasos paradigmáticos, con especial atención a sus últimas obras publicadas *Envisioning Real Utopias*<sup>4</sup> y *Understanding Class*<sup>5</sup> en la medida en que pueden considerarse perfeccionamientos de sus modelos. Por motivos puramente didácticos la estrategia expositiva que seguiremos tomará la siguiente estructura: abordaremos el origen y motivaciones de su modelo y se discutirán dos de sus más recientes aplicaciones. Posteriormente intentaremos clarificar su particular apropiación de la obra de K. Marx, su peculiar encaje entre los marxistas analíticos y el peso del legado althusseriano en sus enfoques. Finalmente se tratará la dimensión más práctica (estrategias políticas) que comparece en sus dos últimas obras.

## 2. El punto de partida: el concepto *estructural* de clase

Toda la obra de Erik Olin Wright busca mostrar que existe una división en clases sociales anclada en mecanismos de *explotación* y *dominación*, por la cual los explo-

<sup>1</sup> E.O. Wright, “Class Boundaries in Advanced Capitalist Societies”, en *New Left Review*, 98, 1976, pp. 3-41.

<sup>2</sup> E.O. Wright, *Classes*, London, Verso, 1985 (hay trad. castellana: *Clases*, Madrid, Siglo XXI, 1994).

<sup>3</sup> M. Savage, “Are we seeing a new ‘inequality paradigm’ in social science?”, en *Blog London School of Economics and Political Science*, 2016. Disponible en: <http://blogs.lse.ac.uk/politicsandpolicy/are-we-seeing-a-new-inequality-paradigm-in-social-science/>. Último acceso: 14/02/2018.

<sup>4</sup> E.O. Wright, *Envisioning Real Utopias*, London, Verso, 2010 (hay trad. castellana: *Construyendo Utopías Reales*, Madrid, Akal, 2014).

<sup>5</sup> E.O. Wright, *Understanding Class*, London, Verso, 2016.

tados tienen un “interés objetivo” en salir de su situación de explotación. Su investigación comenzó como una tipología empírica que diera cuenta del famoso problema de las clases medias en el capitalismo avanzado<sup>6</sup>. Acuñó con cierto éxito el concepto de “posiciones contradictorias de clase” en referencia a las posturas intrínsecamente ambivalentes que tendrían determinados sujetos que ocupasen sectores intermedios de la estructura social (explotados por el capital en un aspecto, explotadores de los trabajadores en otro aspecto, etc.). Basándose en estas posiciones Wright defendió la necesidad de construir amplias alianzas interclasistas –en línea con las revisiones político-estratégicas de muchas de las fuerzas de izquierda de los países occidentales que tuvieron lugar justamente en esos años–. El motor de su investigación ha sido siempre, entonces, el interrogante sobre qué son las clases sociales y cómo conceptualizarlas de cara a una práctica transformadora.

Según el sociólogo de Madison, la mayoría de aproximaciones teóricas al análisis de clase implican siempre tres grupos de conceptos interconectados: “relaciones de clase, localización de clase y estructura de clase” por un lado; “estructuración de clase/formación de clase”, por otro, y finalmente “actores colectivos de clase”:

La estructura de clases se refiere a la estructura de relaciones sociales en la que están inmersos los individuos (o, en algunos casos, las familias) y que determinan sus intereses de clase (...) la estructura de clases define un conjunto de huecos o posiciones que son ocupados por los individuos o las familias<sup>7</sup>.

La “consciencia de clase” sería:

la toma de consciencia por parte de las clases subordinadas de que es preciso transformar la estructura de clases para que se produzca algún cambio sustancial en su capacidad para actuar, y la toma de consciencia por parte de las clases dominantes de que la reproducción de su poder depende de la reproducción de la estructura de clases<sup>8</sup>.

Finalmente la “formación de clase” es: “el proceso mediante el cual las capacidades de los individuos se conectan organizativamente con vistas a generar una capacidad colectiva para actuar, una capacidad que potencialmente pueda dirigirse a la estructura de clases misma”<sup>9</sup>.

Wright se sitúa entre los que conceden una importancia central al primer grupo de conceptos, esto es, al *concepto estructural de clase*, cuyo presupuesto básico es que “las localizaciones dentro de relaciones de clase generan efectos sistemáticos de un tipo u otro en la vida de la gente que ocupa esas localizaciones”<sup>10</sup>. Situar el análisis en este nivel de abstracción no implica, nos dirá, que las categorías empleadas sean más o menos reales. En la medida en que las localizaciones comunes comparten el estar sometidas a similares “componentes causales de sus oportunidades vitales”, esto justificaría tratarlas como “clase” entendida como una “categoría socialmen-

<sup>6</sup> Cf. especialmente E.O. Wright, *Classes*, *op.cit.*

<sup>7</sup> *Ibidem.* p. 5

<sup>8</sup> *Ibidem.* p. 29.

<sup>9</sup> *Ibidem.*

<sup>10</sup> *Ibidem.* p. 95.

te relevante” aunque no compartan necesariamente una existencia colectiva real o aunque no sean un grupo social real (esto es, del que pueda predicarse que uno es miembro o no). Pero “la categoría es todavía sólo una colección de gente individual y suelta con una propiedad común”<sup>11</sup> hasta que algún proceso de formación de grupo opere sobre ella, si es que lo hace. Esto es, para el autor el concepto de clase no es una convención analítica y arbitraria inventada por académicos, sino que capta (mejor o peor) mecanismos reales entendidos como “procesos que generan efectos”, y lo hace dando una explicación de la manera específica en que esos mecanismos producen determinados efectos y no otros<sup>12</sup>.

¿Qué llevó a Wright a centrarse en esa dimensión estructural de las clases? Según su propia reconstrucción se trataba de un problema que encontró en su tesis doctoral. Investigando cómo relacionar las clases sociales con la renta apareció el problema de cómo convertir el concepto ideológico de “clase media” en uno científico: un problema que parecía taxonómico se convirtió en conceptual<sup>13</sup>. Se trataba también de buscar las relaciones entre la ocupación de lugares en la estructura de clases y cómo esto producía efectos *directos* sobre la consciencia y la formación de agentes colectivos. La búsqueda de esos efectos directos no debe confundirse con el conocido *mecanicismo* del que el autor tomó distancia explícitamente:

La propia estructura de clases no genera una única pauta de formación de clase; más bien determina las probabilidades subyacentes de distintos tipos de formación de clase. Cuál de estas alternativas se produzca de hecho dependerá de una gama de factores que son estructuralmente contingentes a la estructura de clases misma<sup>14</sup> (...) las relaciones de clase pueden definir el territorio sobre el que se forman los intereses y se forjan las capacidades colectivas, pero el resultado de ese proceso de formación de clase no se puede “leer” en la estructura de clases misma<sup>15</sup>.

Será tiempo después, tras recibir diversas críticas a su obra más conocida (*Clases*) cuando Wright reflexionaría sobre la particularidad de su enfoque. Algunas de esas críticas quedaron recogidas en la recopilación titulada *The Debate on Classes*<sup>16</sup> y le llevaron a reformar y mejorar muchas de las posturas que había adoptado previamente. Sin ir más lejos, ahora ya no consideraba que resolver los problemas conceptuales de la estructura de clases otorgaría la llave para comprender los problemas de variaciones en las formaciones de clase o la posibilidad de crear coaliciones radicales<sup>17</sup>. No obstante, seguía viendo necesario aclarar el concepto de “estructura de clase” porque seguía siendo “conceptualmente fundamental para aclarar *la lógica general* del análisis de clase”<sup>18</sup>.

<sup>11</sup> *Ibidem*. p.96

<sup>12</sup> E.O. Wright, *The Debate on Classes*, London, Verso, 1988, p. 278.

<sup>13</sup> E.O. Wright, *Classes*, *op.cit.*

<sup>14</sup> *Ibidem*. P.141.

<sup>15</sup> *Ibidem*. p.314.

<sup>16</sup> E.O. Wright, *The Debate on Classes*, *op.cit.*

<sup>17</sup> E.O. Wright, “Reconsiderations” en *The Debate on Classes*, *op.cit.* nota 3.

<sup>18</sup> *Ibidem*. p. 271 (el subrayado es nuestro). Una reflexión similar aparecerá en *Understanding*. No habría razón, nos dirá, para “centrar la energía propia en elaborar conceptos de clase estructurales” porque podría ser el caso que la acción interesante “estuviera en los procesos políticos e ideológicos contingentes que median los efectos

¿Cuál podía ser la función de esa tarea clarificadora y de esa “lógica general”? En 1988 Wright escribió que su objetivo era construir un armazón conceptual que sirviera para los análisis comparativos *institucionales* e *históricos* que pudieran hacer *otros* científicos sociales<sup>19</sup>. Si las ciencias sociales han adoptado, y si lo han hecho de forma fructífera, ese arsenal teórico para sus investigaciones empíricas e históricas es algo que no podemos abordar aquí. Pero es necesario señalar la enorme contribución empírica al estudio de la estructura de clases del propio Wright: desde las encuestas telefónicas que le llevaron a la clasificación original en *Classes* hasta su monumental investigación publicada en los años noventa<sup>20</sup>. Su labor empírica como sociólogo se entrecruza con un denodado esfuerzo por precisar los conceptos teóricos y, tarea nada menor, volverlos *operativos* de cara al estudio de la experiencia. Todo su proyecto teórico, por tanto, desde 1976 en adelante, consistirá en resolver el mismo problema: ¿qué es la estructura de clases y cómo afecta a las demás dimensiones de la vida social el hecho de ocupar tal o cual lugar en ella?

### 3. Poner a prueba el método: discusiones del siglo XXI

Para comprender las virtudes y los límites del proyecto de Wright es interesante comenzar por dos de los ensayos de su última publicación (en la que presenta su versión más acabada del modelo) porque en la medida en que entra a debatir con otros autores delimita mejor sus propios conceptos. Wright discute ahí el *best-seller* de Thomas Piketty y el concepto de “precariado” de Guy Standing.

A.- *La crítica de Wright a Piketty* se construye en dos frentes. El primero está centrado en las teorías de clases que explícita o implícitamente maneja el economista francés: si bien en el primer capítulo Piketty definiría bien el antagonismo de clases (distinguiendo aquellos que no poseen nada sino su fuerza laboral y que a menudo viven en condiciones humildes, y aquellos que poseen el capital y a menudo han heredado una parte de su riqueza y son capaces de apropiarse de buena parte de la riqueza producida por el trabajo de los primeros), posteriormente esta concepción desaparecería: “clase” sólo se usaría en un sentido gradacional (no relacional) y así los capitalistas estarían percibiendo sólo “retornos del capital”. Al proceder así, algunos mecanismos causales quedarían oscurecidos en la explicación. Entre ellos, una de las claves que Piketty coloca como núcleo de su obra: la idea según la cual gran parte de la desigualdad de ingresos se origina en los “supersalarios” de los altos ejecutivos, que son tratados como “salarios” (*income from labor*) sea cual sea la forma que tomen esas ganancias – salarios ordinarios, bonos, participación en acciones, etc. El propio Piketty, nos dirá Wright, reconoce que estos supersalarios existen por el desproporcionado poder acumulado que tienen esos altos ejecutivos. Pero este es precisamente el punto donde un mal concepto de clase oscurece el *cómo* ocurre

---

de las relaciones de clase en vez de yacer en las relaciones de clase mismas. Pero igualmente, no hay razón para rechazar la tarea de refinar los conceptos estructurales de clase” (E.O. Wright, *Understanding Class*, *op.cit.* p.109).

<sup>19</sup> Es significativo que su gran incursión empírica en *Classes* dedique exclusivamente cuatro páginas (!) a la discusión sobre cómo las organizaciones y luchas de clases pueden implicar cambios en la estructura y consciencia de clase (E.O. Wright, *Classes*, *op.cit.* Conclusiones del cap.7 y cap. final de conclusiones).

<sup>20</sup> E.O. Wright, *Class Counts: Comparative Studies in Class Analysis*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

esto: en las corporaciones modernas muchas de las competencias del capitalista son retenidas por los altos ejecutivos, *ergo* estos no pueden ser tratados simplemente como “trabajadores”. En palabras de Wright: “una parte significativa de las ganancias de los altos directivos y ejecutivos debería ser concebida como una asignación, realizada por los ejecutivos mismos, de los beneficios de la empresa en las cuentas personales de esos directivos en vez de como un salario en el sentido habitual”<sup>21</sup>.

La segunda línea de crítica viene por el uso indiferenciado de “capital” que hace Piketty al englobar bajo el mismo concepto la propiedad inmobiliaria residencial y la propiedad capitalista. Esto impediría distinguir la forma específica por la que los “retornos del capital” (*capital returns*) son generados. No son lo mismo, sostiene Wright, los beneficios obtenidos por poseer una casa, si se tiene la propiedad completa o si se está pagando todavía la hipoteca, que los obtenidos en la relación capital-trabajo, porque implican mecanismos causales diferentes. De igual manera, las luchas que se generan en torno a la desigualdad en ambas cuestiones son también de suyo distintas, como lo serán las políticas públicas encaminadas a tratar estos problemas. Sin ir más lejos, el impuesto al capital que propone Piketty como medida estrella no afectaría prácticamente a los daños generados por la desigualdad en los retornos a la propiedad de bienes raíces residenciales<sup>22</sup>.

La crítica de Wright no emergió sola: en la misma dirección apuntaban varias recensiones críticas que aparecieron en fechas previas pero cercanas. El ensayo de Wright apareció por primera vez en noviembre de 2014. La obra de Piketty se publicó en francés en agosto de 2013 (en inglés en abril de 2014). En abril de 2014 el conocido geógrafo marxista David Harvey publicó una reseña breve<sup>23</sup> señalando que las supuestas “leyes” de Piketty no dejaban ver las fuerzas dinámicas que causaban esa evolución de la desigualdad en renta y riqueza: la desigualdad de poder entre capital y trabajo. Su definición de “capital” como stock de valores que son propiedad de individuos, empresas o gobiernos es estática, dirá Harvey, porque no distingue si esos valores son utilizados en la producción o no. En ese sentido, Piketty estaría todavía preso de las explicaciones neoclásicas, fuera de la tradición de la economía política para la cual la distribución de riqueza e ingresos queda determinada políticamente desde fuera de los mercados (exógenamente); en ningún caso como mero efecto derivado de los mecanismos automáticos de los propios mercados. Por otro lado, en octubre de 2014 salió publicado el número monográfico de *Real-World Economics Review* dedicado a la obra de Piketty, que contenía la demoledora y sistemática crítica en profundidad del economista y exministro de finanzas griego Yannis Varoufakis<sup>24</sup>. En el artículo de Varoufakis se muestra de forma clara la inconsistencia del concepto de capital de Piketty que le conduce a absurdos como el siguiente:

¿Cuál es la razón para tratar (tal y como el profesor Piketty debe hacer para mantenerse consistente con su confusión entre riqueza y capital) el ingreso de un coleccionista por la venta de sus sellos como rentabilidad del capital (y no como un ingreso del trabajo), mientras que los superbonos de los operadores

<sup>21</sup> E.O. Wright, *Understanding Class*, *op.cit.* p. 136.

<sup>22</sup> *Ibidem.* p.138

<sup>23</sup> D. Harvey, “Afterthoughts on Piketty’s Capital”. Disponible en: <http://davidharvey.org/2014/05/afterthoughts-pikettyps-capital/>. Último acceso: 14/02/2018.

<sup>24</sup> Y. Varoufakis, “Egalitarianism’s latest foe”. Disponible en: <https://rwer.wordpress.com/comments-on-rwer-is-sue-no-69/>. Último acceso: 13/02/2018.

financieros son contabilizados, no como rentabilidad del capital, sino como... ingresos salariales?

El contenido común de estas tres críticas pone de manifiesto que Wright participa productivamente de los debates contemporáneos y lo hace a través del citado sistema de conceptos que lleva 40 años desarrollando.

B.– *La crítica de Wright a Guy Standing* resulta también de sumo interés. Guy Standing propuso acuñar en su conocida obra *The Precariat*<sup>25</sup> un concepto que refiriese a esa parte de la población que, debido a las transformaciones en el trabajo y la sociedad, estaría constituyéndose como una nueva clase social definida ante todo por su situación de precariedad e inseguridad. En 2014 Standing aventuró un manifiesto con 29 medidas que conseguirían sacar al precariado de esa condición negada de ciudadanía (*denizens*) para convertirles en ciudadanos (*citizens*) de pleno derecho<sup>26</sup>. E. O. Wright acierta en su último libro al señalar que el principal objetivo de Standing no es proporcionar un mapa completo de clases sociales en el capitalismo actual (aunque también lo haga), sino delimitar los contornos de esa supuesta nueva clase social a la que ha llamado “precariado”, con un énfasis poco inocente, nos dirá, en sus diferencias respecto a lo que denomina la “vieja clase obrera” (*proletariat*). Desde un punto de vista político, la línea de fondo de la crítica nos parece correcta: Standing parece subrayar tanto las diferencias entre el proletariado y el precariado que tiende a hipostasiarlas, cuando en realidad ambos estratos tienen mucho más que ganar cooperando que acentuando sus divisiones. Sin embargo es fácil ver cómo desde la crítica que realiza Wright se pierde lo sustancial y rescatable de la aportación de Standing. A nuestro entender Standing tiene una intuición clave que está operando como factor determinante de nuestros tiempos: “existe una base común dentro del precariado que rechaza los viejos consensos y partidos políticos de centroderecha y centroizquierda”<sup>27</sup>. Wright, por el contrario, tratará de mostrar que ninguna de las 29 medidas contenidas en *The Precariat Charter* que mejorarían la situación del precariado “van en contra de los intereses materiales de la clase trabajadora”<sup>28</sup>. Pero lo cierto es que la posibilidad, por improbable que fuese, de que hubiera situaciones de “divide y vencerás” entre precariado y clase obrera en función de, pongamos por caso, cómo se financiasen algunas de las 29 medidas, supone que el argumento de Wright no es válido precisamente por estar planteado idealmente. Curiosamente, es el propio Wright el que señala que una mejora de los empleos estables ya existentes podría profundizar la dualización del mercado laboral, beneficiando a la clase trabajadora pero perjudicando al precariado. Esto justificaría, según Wright, tratar al precariado como un “segmento diferente de la clase trabajadora”, pero perteneciendo a la misma clase<sup>29</sup>.

<sup>25</sup> G. Standing, *The Precariat*, London, Bloomsbury Academic, 2011 (hay trad. castellana: *El Precariado*, Barcelona, Pasado y Presente, 2013).

<sup>26</sup> G. Standing, *The Precariat Charter: from denizens to citizens*, London, Bloomsbury Academic (hay trad. castellana: *Precariado: una carta de derechos*, Madrid, Capitán Swing, 2014).

<sup>27</sup> G. Standing, “The Precariat and Class Struggle”, en *RCCS Annual Review 7*. Disponible en: <https://rccsar.revues.org/585>. Último acceso: 13/01/2017.

<sup>28</sup> E.O. Wright, *Understanding Class*, *op.cit.*, p.171.

<sup>29</sup> Quizás su intuitiva observación podría ser más consistente si partiese de un análisis histórico-institucional que esbozase los beneficios esperables de alianzas entre estas fracciones de las clases trabajadoras en función de medidas concretas, agentes colectivos determinados e intenciones normativas rastreables. La importancia con-

#### 4. La estrategia de integración teórica y el Marx sin Marx

No obstante la principal novedad de *Understanding Class* respecto a obras anteriores, nos dirá Wright, es que ya no trataría tanto de refutar los enfoques alternativos procedentes de tradiciones teóricas variopintas, sino rescatar lo valioso que tenga cada uno de ellos y avanzar así hacia la construcción de “un análisis de clase integrado”<sup>30</sup>. Wright parte de la distinción teórico-metodológica entre tipos de mecanismos causales de clase centrados en: atributos individuales (teorías de la estratificación), acaparamiento de oportunidades o “clausura social” (weberianos) o, finalmente, mecanismos de explotación y dominación (marxistas). Su idea es que cada enfoque recoge mecanismos específicos pero sólo el marxista es compatible con una *teoría global* que los integre todos. Otra forma diferente de trazar la misma distinción parte de una distinción de los niveles analíticos de “poder y conflicto” en el marco de la teoría de juegos. Así, la teoría marxista construiría sus conceptos de clase en el nivel sistémico que responde a la pregunta “¿qué juego queremos jugar?” (Capitalismo, estatismo, socialismo, etc.), la teoría weberiana construiría su armazón conceptual en el nivel institucional que responde a la pregunta “¿qué reglas de juego queremos?” (Tipos de capitalismo) y finalmente la teoría de las micro-clases (Grusky-Weeden) se plantearía al nivel situacional y daría respuesta a la pregunta “¿qué movimientos queremos hacer en un juego con reglas ya prefijadas?”. Ahora la elaboración del concepto de clase se aborda desde la teoría de juegos, de tal manera que “clase” queda definida como grupos que comparten los mismos intereses materiales, esto es, que de cara a mejorar su situación económica “enfrentan los mismos trade-offs básicos”<sup>31</sup>.

Cabe, pues, preguntarse: ¿de dónde procede esa intención de superar un supuesto marxismo de estrechas anteojeras? Para un autor que ha dedicado toda su obra a clarificar la especificidad de un enfoque que toma pie en la obra de K. Marx (eso que llama “teoría marxista”), llama la atención la facilidad con la que se atribuyen al propio Marx determinadas ideas: tan pronto se le asigna una defensa perenne de conceptos de juventud poco desarrollados (“clase en sí/clase para sí”)<sup>32</sup>, como un archimanido mecanicismo<sup>33</sup>, o un escepticismo radical ante la posibilidad de que exista la objetividad científica dado el antagonismo de clase<sup>34</sup>. En *Envisioning Real Utopias* podemos encontrar atribuciones similares: Marx habría defendido que las leyes de desarrollo del capitalismo conducirían necesariamente a una “homogeneidad radical de clase” que permitiría la acción colectiva integrada de la clase trabajadora así fortalecida y con ello el paso inexorable al socialismo<sup>35</sup>.

El propio Wright se enmarcó a sí mismo en la tradición de inspiración marxiana distinguiendo entre un *marxismo sociológico* que estaría “anclado en el análisis

---

cedida a la dimensión estructural de la clase parece dar lugar a una falta de atención a la dimensión subjetiva que Standing parece haber captado. Agradezco al Dr. David Cassassas por sus comentarios sobre este asunto.

<sup>30</sup> *Ibidem*, cap. 1.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 167. Una definición de clase que ya proporcionó en la obra colectiva que dedicó a recoger críticas y a través de ellas a reformular sus propias posiciones. Allí definió la clase como un “grupo de actores que comparten intereses materiales comunes determinados por las relaciones sociales de producción, esto es, que enfrentan objetivamente dilemas similares y trade-offs similares en la persecución de su bienestar económico y de su poder económico” (“Reconsiderations”, *op.cit.* p. 286).

<sup>32</sup> E.O. Wright, *Understanding Class*, *op.cit.*, p. 34.

<sup>33</sup> *Ibidem*, pp. 37, 67, 261.

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 55.

<sup>35</sup> E.O. Wright, *Construyendo Utopías Reales*, *op.cit.*, p. 96.

marxista de las clases, y la crítica al capitalismo” –del que él, obviamente, formaría parte– y una *teoría marxista de la historia* (a veces también llamada “materialismo histórico”) que se ocuparía de “la dinámica capitalista y su trayectoria histórica” y que no sería en absoluto defendible ya por haberse mostrado errada<sup>36</sup>.

Para comprender la interpretación que Wright maneja de Marx es necesario señalar su principal fuente de referencia, que muchas veces no es el propio Marx sino la interpretación de éste que realizara su compañero del grupo de marxistas analíticos Gerald Cohen<sup>37</sup>. Una interpretación que, por otro lado, ha recibido demoledoras críticas con el paso de los años<sup>38</sup>. Un *leitmotiv* recorre por tanto la obra de Wright: si Marx erró tan gravemente es necesario enriquecer el marxismo, y el marxismo analítico parece ofrecer las herramientas para ello. Wright no aclara qué entiende exactamente por “teoría marxista”: qué autores la componen, cuáles son sus diferencias, en qué contextos escriben, etc. La pretensión de expandir, alterar o criticar las investigaciones de inspiración marxiana, es algo que viene de hecho realizándose desde hace más de un siglo y como tarea en sí parece difícilmente objetable. Más cuestionable sería, a nuestro parecer, el desapego filológico con el que la (supuesta) fuente es despachada. Las consecuencias de este particular acercamiento a Marx –especialmente en lo relacionado con la teoría de la historia– son importantes y volveremos sobre ellas más adelante.

## 5. El legado del marxismo analítico

Han quedado delimitados dos aspectos cruciales del bagaje teórico del sociólogo de Madison: la decisión de abordar la cuestión de clase desde un concepto estructural de esta, y su particular comprensión de Marx de cara a salvar ese *marxismo sociológico* integrador. Podemos ahora dar un paso más y hacernos cargo de las razones que le llevan a –o cuanto menos le impelen y facilitan– haber asumido tales posturas.

A lo largo de todas sus obras Wright hace siempre valer su condición de “marxista analítico”, ya sea a través del instrumental empleado ya sea a través de las referencias citadas. Para él, ser marxista analítico conlleva: un compromiso fuerte con la aceptación de las ciencias positivas de su época, con la sistematicidad conceptual y la claridad a la hora de especificar los pasos de los argumentos, y finalmente un compromiso con incluir siempre la intencionalidad de la acción humana<sup>39</sup>.

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 113.

<sup>37</sup> G. Cohen, *Karl Marx's Theory of History: A Defence*, Oxford, Clarendon Press, 1978 (hay trad. castellana: *La teoría de la historia de Karl Marx*, Madrid, Siglo XXI, 1986).

<sup>38</sup> A. Domènech, “¿Qué fue del marxismo analítico? (En la muerte de Gerald Cohen)”, en revista online *Sin Permiso*. Disponible en: <http://old.sinpermiso.info/articulos/ficheros/Cohen.pdf>. Último acceso: 20/11/2016; y E.M. Wood “Happy Campers” en *London Review of Books* 32 (2), 2010, pp. 26-27. Para algunas interpretaciones alternativas y, creemos, más fieles a los textos y la intención del filósofo alemán tanto en reputados autores ya fallecidos como en contemporáneos del propio Wright, cf. al respecto: M. Kräetke, “Keep Calm and read Marx” en *Sin Permiso* online, 2017. Último acceso: 28/02/2018; E.M. Wood, *Democracy against Capitalism. Renewing Historical Materialism*, London, Verso, 1995; A. Rosenberg, *Demokratie und Sozialismus. Zur politischen Geschichte der letzten 150 Jahre*, Amsterdam, Allert des Lange, 1938 (hay trad. castellana: *Democracia y socialismo. Historia política de los últimos ciento cincuenta años (1789-1937)*. México D.F.: Pasado y Presente, 1981).

<sup>39</sup> Estas características le permiten auto-definirse aún hoy como “marxista analítico”. Cf. E.O. Wright, “Sociología y epistemología de las utopías reales: una conversación con Erik Olin Wright” (entrevista por D. Casassas y M.

Para comprender cabalmente el papel que ocupa Wright en esta tradición teórica merece la pena señalar dos asunciones metodológicas que siendo comunes al elenco de marxistas analíticos sin embargo serán apropiadas de una forma *sui generis* por Wright.

La primera de estas asunciones es el conocido uso por parte de los marxistas analíticos de las herramientas de análisis de la teoría de la elección racional y de la teoría económica neoclásica<sup>40</sup>. No abordaremos aquí las críticas de calado que recibieron estos usos, pero nos interesa señalar la compleja relación que establece el sociólogo de Madison respecto de ellas porque es justamente esta relación la que permite auto-comprenderse como diferente:

A veces utilizo la elección racional, pero la utilizo sólo como una herramienta que ayude a clarificar ciertos problemas, no como un método que excluya el uso de otras formas de acercarse a las cosas. Si queréis, soy un marxista analítico sociológico, no un marxista analítico neoclásico<sup>41</sup>.

El segundo supuesto es el conocido como “individualismo metodológico”. Elster lo definió como “la doctrina de que todos los fenómenos sociales (su estructura y su cambio) sólo son en principio explicables en términos de individuos (sus propiedades, sus objetivos y sus creencias)”<sup>42</sup>. Que un marxista defendiera un enfoque llamado “individualismo” no podía sino sobresaltar a los teóricos marxistas. La crítica no se hizo esperar, el conocido historiador y economista alemán Ernest Mandel defendió que existen formaciones sociales con leyes de desarrollo propias aunque uno no pueda “deducir” una acción individual de ellas. Lo importante, nos dirá, es si estas instituciones o estructuras pesan más en *determinadas acciones* de un individuo que sus creencias o preferencias a la hora de explicar esas acciones. Porque hay “presiones sociales” sobre las cuales el individuo no tiene ningún control ni muchas veces es siquiera consciente de ellas: el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial no se puede explicar a través de la psicología de Hitler<sup>43</sup>. ¿Cuál fue la posición de Wright en este debate? Lo cierto es que el estudio empírico que presentó en su primera obra famosa en 1985, *Classes*, fue discutido precisamente en este sentido:

Una cosa es investigar cómo los fenómenos sociales (p.ej. las clases) afectan a los fenómenos individuales (...) Otra cosa es sugerir que, de alguna manera, la habilidad para explicar cómo los fenómenos individuales son afectados por fenómenos sociales es una indicación de la habilidad para explicar la naturaleza y leyes de desarrollo de éstos últimos y de que se produzca cambio social. Esto es metodológicamente ilegítimo porque una explicación es substituida por otra<sup>44</sup>.

---

Szlinder), *Sin Permiso*, 15, Barcelona, El Viejo Topo, 2016, pp.193-210, aquí p. 209. Para una visión introductoria de esa corriente tan interesante como peculiar en la historia de los marxismos puede consultarse D. Raventós, “El Marxismo Analítico” en S. Giner (ed.) *Teoría sociológica moderna*, Barcelona, Ariel, 2003, pp. 141-66.

<sup>40</sup> J. Roemer, *El Marxismo : Una Perspectiva Analítica*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 221. Cf. también D. Raventós, *op. cit.*

<sup>41</sup> E.O. Wright, *Ibidem*, p.210.

<sup>42</sup> J. Elster, “Marxismo, Funcionalismo Y Teoría de Juegos: un alegato en favor del individualismo metodológico”, en *Zona Abierta*, 33, 1984, pp. 21-62.

<sup>43</sup> E. Mandel, “How To Make No Sense of Marx”, en *Canadian Journal of Philosophy*, 19 (sup 1), 1989, pp. 105-32.

<sup>44</sup> G. Carchedi, “Two models of class analysis”, en *Capital & Class*, 10(2), 1986, pp. 195-215.

Pero poco tiempo después Wright decidió abordar el problema de frente y le dedicó un ensayo colectivo generando una posición propia<sup>45</sup>. Wright distinguió ahora entre un individualismo metodológico atomista (reduccionista) y uno holista (no reduccionista). Los productos sociales son *fenómenos emergentes* –queridos o no– de la acción individual, que, al mismo tiempo, ponen los límites a éstas. Esta posición se opondría al “colectivismo metodológico” que asume que “el todo es más que la suma de las partes” y que por lo tanto hay entidades colectivas que no se podrían descomponer en última instancia en acciones individuales (en este preciso sentido el individualismo metodológico permite evacuar las cajas negras del análisis al negarse a atribuir comportamientos humanos a los agregados)<sup>46</sup>. Pero también se opondría a ese atomismo que fácilmente podría caer en la acusación de psicologismo a la que aludió Mandel. Lo cual no es óbice, dirá Wright, para que el investigador no deba especificar al máximo posible los mecanismos causales en el nivel micro<sup>47</sup>.

Como se ha podido observar el encaje del sociólogo de Madison entre sus colegas analíticos es peculiar. Lo cierto es que Wright siempre tuvo una relación especial con el Grupo de Septiembre. Sus evoluciones teóricas lo atestiguan, pero también algún testimonio del propio autor: cuando en 2004 presentó un borrador del proyecto de Utopías Reales a la reunión anual del grupo, este no fue bien recibido y Wright salió “un poco desmoralizado”<sup>48</sup>. Pero, a nuestro entender, su trayectoria heterodoxa respecto al “núcleo duro” del Grupo no nos justifica para tratar su obra como una entidad aparte, incólume ante las evoluciones y desarrollos del propio grupo (y librado por tanto de las críticas que recibieron sus miembros). Estaríamos más bien ante un *rara avis* de la familia, más longevo y complejo, pero un familiar en cualquier caso.

Quizá en ningún otro punto se vea mejor el peso de esta deuda que en su uso del concepto de “interés objetivo”. A pesar de que haya sido redefinido en varias ocasiones, el concepto de “interés objetivo” es la piedra de toque de todo su pensamiento porque cumple la función de ser el principal demarcador de clase. Según el propio autor, fue precisamente este concepto el que le llevó a aceptar la teoría de la explotación de John Roemer (modificándola parcialmente). Es paradójico que cumpliendo un papel tan central no haya casi pasajes en los que se aborden sistemáticamente los problemas técnico-filosóficos que implica este concepto y que al mismo tiempo su definición vaya cambiando de forma constante<sup>49</sup>. Su úl-

<sup>45</sup> A. Levine, S. Elliott y E.O. Wright, “Marxism and Methodological Individualism”, en *New Left Review*, 162, 1987, pp. 67-84.

<sup>46</sup> Esta será, por cierto, su crítica a Althusser, en la medida en que en algunos pasajes de su obra el filósofo francés parece mostrarse como un colectivista metodológico (los individuos son sólo “portadores” de relaciones sociales, y no agentes).

<sup>47</sup> *Ibidem*. p.276.

<sup>48</sup> E.O. Wright, *Construyendo Utopías Reales*, op. cit., p.14.

<sup>49</sup> Compárense por ejemplo las diferencias entre las siguientes definiciones: “Los intereses de clase en la sociedad capitalista son aquellos objetivos potenciales que devienen objetivos actuales de la lucha en ausencia de la mistificación y las distorsiones de las relaciones capitalistas. Los intereses de clase... son hipótesis sobre los objetivos de las luchas que tendrían lugar si los actores en lucha tuvieran una comprensión científicamente correcta de su propia situación” (E.O. Wright, *Class, Crisis and the State*, London: New Left Books, 1979, p. 89); “Mi argumento se basará en la afirmación de un determinado tipo de preferencia, que creo que la gente generalmente tiene aun cuando no se aperciba conscientemente de ella: el interés por expandir su capacidad para tomar decisiones y para actuar de acuerdo con ellas. Esta preferencia puede estar bloqueada, pero «en su profundo fuero interno» la gente en general tiene un deseo de libertad y autonomía” (E.O. Wright, *Classes*, op. cit. p. 275). La segunda: “las personas siempre tienen un interés objetivo en su bienestar material, definido como la combinación de lo que consumen y el trabajo que les cuesta alcanzar ese consumo (...) tienen un interés en

tima formulación podemos encontrarla en *Understanding*: “Por intereses materiales definibles objetivamente quiero decir que un observador externo puede, en principio, especificar qué cursos de acción están disponibles a un individuo, en virtud de su localización en una estructura social, que mejorarían las condiciones materiales de vida de esa persona”<sup>50</sup>. Quién sea susceptible de ocupar ese rol de “observador externo” y por qué gozaría de un privilegio epistemológico es algo que el autor no aclara. Pero el argumento que expone es el siguiente: existe una dimensión *objetiva* de la injusticia que ponemos a buen resguardo al defender que los intereses no pueden reducirse a nuestras preferencias *de facto*, porque si así fuese el autoengaño sería imposible. Pero el diablo está en los detalles. Es la forma en la que se define ese interés objetivo de clase lo que suscita problemas, porque introduce *ad hoc* los supuestos que hacen de “palanca”: que las personas tienen un interés objetivo en aumentar su libertad y autonomía<sup>51</sup>, o que “permaneciendo todo lo demás igual, [la gente] tiene un interés objetivo en tener mejores trade-offs entre esfuerzo-ocio-ingresos”<sup>52</sup>. Una vez introducidos no es difícil llegar a conclusiones como la siguiente: “la idea de que los intereses de clase son «objetivos» en este caso significa que cuando Engels apoyó el socialismo revolucionario él estaba actuando en contra de sus propios intereses objetivos”<sup>53</sup>.

La herencia metodológica del marxismo analítico se muestra con toda su gravedad. Si los intereses objetivos se definen según la teoría de juegos (respecto a qué juego podemos jugar, qué reglas para un juego dado y qué movimientos bajo unas reglas dadas), entonces resulta que los intereses objetivos se acaban definiendo con criterios subjetivos. Esto es, si todo el mundo creyese que el socialismo –bajo el supuesto de que entendieran lo mismo por socialismo– es imposible, entonces no habría intereses objetivos respecto a él, y por tanto no existirían las clases sociales en su sentido marxista: “al nivel del juego mismo, si uno cree que una alternativa socialista democrática al capitalismo es posible –incluso aunque no sea alcanzable en las actuales circunstancias históricas– entonces el precariado y la clase trabajadora ocupan la misma localización dentro la estructura de clases”<sup>54</sup>.

Quizá aquí la pregunta pertinente sea: ¿qué significa considerar como “posible” una alternativa social *al margen de toda circunstancia histórica*? Este planteamiento en el plano ideal implica concebir el socialismo como un estadio acabado y de significado compartido por los sujetos explotados. Al intentar cerrar un vínculo de necesidad entre el carácter objetivo de la explotación –y con ella el interés objetivo del explotado en salir de dicha explotación– con una posible sociedad socialista-democrática concebida *idealmente*, se ponen de manifiesto los límites de un método estático y ahistórico.

---

reducir el nivel de trabajo necesario para obtener el nivel de consumo que desean, cualquiera que sea (...) las personas tienen universalmente un interés objetivo en no ser materialmente explotadas, puesto que, en ausencia de explotación, trabajarán menos y/o consumirán más” (*Ibidem*. p. 40). Para la evolución de este concepto en la obra de Wright puede consultarse M. A. Cainzos López, “Explotación, Dominación y Estructura de Clase”, en *Política y Sociedad*, 5, 1990, pp. 89-105.

<sup>50</sup> E.O. Wright, *op. cit.* p. 35.

<sup>51</sup> E.O. Wright, *Classes, op. cit.*

<sup>52</sup> E.O. Wright, “Reconsiderations”, *op. cit.*

<sup>53</sup> E.O. Wright, *Understanding Class, op. cit.*, p. 166.

<sup>54</sup> *Ibidem*. p. 169. Poco antes había afirmado: “a menos que uno retenga alguna idea coherente de que hay una alternativa al capitalismo, un análisis de clase marxista pierde su anclaje central” (*Ibidem*, p. 167).

Concepto estructural de clase, marxismo sociológico y una relación *sui generis* pero estrecha con el utillaje del marxismo analítico. Estas tres características nos han permitido comprender los pilares sobre los que se levanta el proyecto de Wright, pero es necesario no pasar por alto un elemento fundamental más que marca gran parte de su enfoque y al que dedicaremos el epígrafe siguiente.

## 6. Todos los caminos conducen a... ¡Althusser!

Las raíces de ese concepto estructural de clase que defendió Wright no crecieron sólo en los jardines del marxismo analítico. Cuando Wright trata de justificar el nivel de abstracción de su proceder teórico, apelará a una serie de distinciones conceptuales significativas. La distinción “abstracto/concreto” que maneja en sus obras es una de ellas. Esta distinción no dice nada sobre la realidad del concepto, nos dice, y puede haber conceptos más abstractos (genéricos) que identifiquen mecanismos causales más fundamentales que conceptos concretos –donde “más fundamental” significa “determinante de los límites dentro de los cuales operan mecanismos más concretos”<sup>55</sup>. Por eso centrarse en los niveles más “abstractos” es, para Wright, centrarse en lo “más fundamental”: su perro Micah es un caso concreto de algo más abstracto, la especie –perro– que es más concreto que la clase –mamífero. Parece una reedición del conocido árbol de Porfirio. Pero la cuestión dista de ser superflua, puesto que con esta concepción en mente Wright trató de buscar los efectos *directos* (no mediados) de la estructura social sobre las consciencias en sus primeras investigaciones empíricas<sup>56</sup>. Y aquí “tocamos hueso”. A pesar de su insistencia en que la formación de clase o de consciencia de clase es un proceso contingente que depende de múltiples factores que no son deducibles apodícticamente de la estructura de clases, sin embargo a lo largo de su obra mantuvo la creencia en que “la estructura de clases genera *directamente* sus efectos”<sup>57</sup>. ¿Cómo justificar este supuesto? Dado que para poder hablar de “formación de clase”, o “consciencia de clase”, necesitamos tener previamente un concepto de “clase”, dirá, esto mostraría la centralidad del concepto de “estructura de clase” que actúa como pivote de los demás conceptos asociados. Y si conceptualmente podemos aislar la estructura de clases, entonces tiene sentido buscar empíricamente los efectos directos de dicha estructura sobre las otras “instancias” de lo social, aunque sea de forma probabilística y no determinista. Pero aquí comparece, creemos, el error metodológico: reconocer la *anterioridad lógica* de un concepto no implica que éste refleje mecanismos reales que puedan operar y tener efectos. En términos marxianos, es como si Wright estuviera buscando “lo concreto” como “unidad en la diversidad” sin haber salido del reino de “los abstractos”.

Pero ¿cuál es el origen de esa distinción entre “lo económico”, “lo político” y “lo ideológico” que una vez separados el teórico debe rearmar? Según la historiadora y

<sup>55</sup> E.O. Wright, “Reconsiderations”, *op. cit.* p. 284.

<sup>56</sup> Considérense los siguientes ejemplos: “las personas que trabajan para empresas dependientes del estado tienen un interés directo en la expansión de los presupuestos estatales” (*Classes, op. cit.* p. 230). Por el contrario, los obreros que no trabajan para el estado posiblemente tengan un sentimiento anti-Estado, a pesar de que se beneficien de los gastos públicos sociales (*Ibidem.* p. 232). También la compleja problemática de la “pauta de monotonía” (*Ibidem.* p. 299).

<sup>57</sup> *Ibidem.* p. 279.

filósofa canadiense Ellen Meiksins Wood esta separación es la fórmula acuñada por Althusser para intentar superar las viejas aporías de la metáfora base –superestructura– de la tradición marxista (operación legítima pero en este caso fallida, añade Ellen Wood<sup>58</sup>). También tiene denominación de origen althusseriana esa particular concepción de la “formación social” definida como el cohabitar de varios modos de producción que son comprendidos estáticamente (sin variaciones históricas), bajo la cual rige el modo de producción “dominante”, y que está dividida en varias “instancias” (ideológica, económica y política) con una “autonomía relativa” que permite la “sobredeterminación”. El vocabulario de Wright toma distancia del althusseriano, incluso se critica su funcionalismo latente, pero mantiene, creemos, algunas de sus posiciones, problemáticas y actitudes: la centralidad del problema taxonómico de cara a dar respuesta al problema de las alianzas entre clases, la definición de las clases sociales a partir de los modos de producción definidos en un nivel alto de abstracción (bien resguardados de la historia), la separación de las “instancias” y la búsqueda de los efectos *directos* de la económica sobre las demás (como un intento de explicar las complejidades concretas de la historia como “efectos” de una *determinación estructural*), la rigidez en la teoría conjugada con una enorme flexibilidad en el análisis de situaciones históricas concretas<sup>59</sup>, etcétera<sup>60</sup>.

No es casualidad que esta centralidad de los “intereses objetivos” que definen la estructura social concebida idealmente como “instancia económica” aparezca muy tempranamente en la obra de Wright. Su primer artículo de 1976 que era precisamente una discusión con N. Poulantzas<sup>61</sup>. En palabras del propio autor:

La primera obra que escribí que estaba firmemente comprometida con estos temas era sobre Poulantzas. Leí a Althusser como estudiante de postgrado en la década de los setenta, y a Poulantzas incluso más que a Althusser; encontré en Poulantzas un conjunto mucho más rico de argumentos. Creo que, por así decirlo, el cociente de sandeces en Althusser era todavía bastante alto: alzaba las manos al cielo e invocaba conceptos sin especificar con bastante frecuencia. Había que atravesar todo ello para realmente llegar al núcleo analítico. Sigue siendo cierto, sin embargo, que tanto Poulantzas como Althusser se interesaban en especificar conceptos, no sólo en sacarlos de la estantería y luego forzar un argumento con estos conceptos reformulados y aclarados. Aprendí mucho de rebote de los argumentos de Poulantzas. Mi primer trabajo sobre la clase era una crítica de Poulantzas<sup>62</sup>.

Michael Burawoy, compañero de clase de Wright, uno de sus colaboradores y también uno de sus críticos, lo expresó de forma parecida: “Ambos estábamos com-

<sup>58</sup> E. M. Wood, *Democracy against Capitalism*, *op. cit.*, cap.2. Para Althusser cf. especialmente L. Althusser, *Lire le capital*, París, François Maspero, 1965 y L. Althusser, *Pour Marx*, París, François Maspero, 1965 (hay trad. castellana, respectivamente: *Para leer El capital*, México D.F., Siglo XXI, 2010 y *La revolución teórica de Marx*, México D.F., Siglo XXI, 1973).

<sup>59</sup> Cf. el epígrafe siguiente.

<sup>60</sup> Para una rigurosa introducción a la escuela althusseriana (Althusser, Poulantzas, Carchedi) y, al mismo tiempo, una fina crítica inspirada en la polémica Thompson-Althusser, cf. R. W. Connell “A Critique of the Althusserian Approach to Class”, en *Theory and Society*, 8 (3), 1979, pp. 303-345.

<sup>61</sup> E.O. Wright, “Class Boundaries in Advanced Capitalist Societies”, *op. cit.* p.41.

<sup>62</sup> E.O. Wright, “Why Class Matters”, en *Jacobinmag*. Disponible en: <https://www.jacobinmag.com/2015/12/socialism-marxism-democracy-inequality-erik-olin-wright/>. Último acceso: 14/02/2018.

prometidos con lo que fue llamado «estructuralismo marxista» y nuestros mentores intelectuales eran Louis Althusser, Étienne Balibar, y Nicos Poulantzas<sup>63</sup>. La tesis que defendemos aquí es que esta herencia althusseriana que hipostasia los conceptos permanece y opera soterradamente en la obra de Wright. Pero el problema de hipostasiar conceptos es que suelen ser reflejos (mejores o peores) de condiciones históricas de una época, pero no son sensibles a los cambios, los cuales acaban siendo introducidos *a posteriori* (a menudo *ad hoc*) como apéndices externos al modelo (y no como desarrollos posteriores de este), o bien acaban resultando en transformaciones que pueden cuestionar el propio modelo en sí. Las evoluciones en la propia obra de Wright podrían ser un buen ejemplo de ambas posibilidades: casi media un abismo entre el concepto exclusivamente *ocupacional*<sup>64</sup> de clase construido en sus primeras obras (*Classes*) y la complejidad de conceptos que aparecieron en obras posteriores (*The Debate on Classes* o *Understanding Class*).

Otra manera de percibir este legado es constatando los rivales teóricos comunes que comparten Althusser y Wright como alumno aventajado: la única mención de este al principal crítico de Althusser, E.P. Thompson, se produce en dos líneas en las que el historiador inglés es despachado retomando la crítica que le hiciera G. Cohen<sup>65</sup>.

Uno podría suponer *prima facie* que se trata de una decisión metodológica no del todo consciente de sus costes. Pero en 1977, tan sólo un año después de publicar su primer artículo, Wright recibió una crítica metodológica de calado. Adam Przeworski publicó un artículo en el que exigía un *proceder histórico* en las explicaciones sociales, y apuntaba al argumento ontológico que secundaba esta opción:

El problema de la relación entre las clases definidas objetivamente y las clases en tanto que actores históricos no se resolverá por una clasificación, tenga dos o más clases, con o sin posiciones contradictorias. El problema persiste porque tales clasificaciones, estén hechas en los cuarteles generales de un partido o dentro de los muros de la academia, son constantemente puestas a prueba por la vida, o más precisamente, por la práctica política<sup>66</sup>.

A pesar de que Wright cita este artículo en varios ensayos, y de que su discusión con Przeworski ha continuado por otros derroteros, sin embargo nunca se hizo cargo de esta objeción. En línea con lo anterior será precisamente, según David Stark, ese planteamiento en niveles de abstracción altos –la “clase” se define como lugar en

<sup>63</sup> M. Burawoy, “The Limits of Wright’s Analytical Marxism and an Alternative” en *The Debate on Classes*, *op. cit.*, pp.78-100.

<sup>64</sup> Para la definición de concepto *ocupacional* de clase y una crítica devastadora de este puede verse la obra de Michael Savage “The Fall and Rise of Class Analysis in British Sociology, 1950-2016”, en *Tempo Social* 28(2), 2016, pp. 57-72; “End Class Wars” en *Nature* 537(7621), 2016, pp. 475-79.

<sup>65</sup> Merece la pena recordar la propia crítica del historiador al concepto estructural de clase: “Ocurre demasiado a menudo incluso que la teoría se impone al fenómeno histórico que se propone teorizar. Es lícito suponer que la clase se toma en consideración no en el marco del proceso histórico, sino dentro de nuestras cabezas: incluso si no admitimos que eso suceda sólo en nuestra cabeza, una gran parte del discurso sobre las clases sociales se hace, en realidad, así. Es más, se teorizan modelos o estructuras presuponiendo que, en ellos, hay definiciones objetivas de clase” (E.P. Thompson, “Algunas observaciones sobre clase y ‘falsa conciencia’” en *Historia Social* 10, pp. 27-32).

<sup>66</sup> A. Przeworski, “Proletariat into a Class: The Process of Class Formation from Karl Kautsky’s The Class Struggle to Recent Controversies”, en *Politics & Society*, 7(4), 1977, pp. 343-401.

una estructura de clases, definida asimismo como relación entre posiciones posibles respecto al modo de producción, definido este como unidad inmutable— lo que convierte necesariamente el análisis de clase en una “batalla por la clasificación” incapaz de dar cuenta de los procesos de formación de clase y de las batallas históricas reales que precisamente producen las líneas (siempre móviles) de demarcación entre clases<sup>67</sup>.

## 7. De la razón teórica a la razón práctica. ¿Un revival de “rawlsismo metodológico”?

Erik Olin Wright no se ha limitado al esfuerzo teórico de intentar comprender *cómo es* la realidad social y por qué *ocurren* las cosas que ocurren. Como no podía ser menos en un teórico marxista su labor ha venido acompañada de un intento conectar sus teorías con la planificación y discusión de estrategias políticas emancipadoras. Su análisis de *cómo es* la sociedad no se puede entender sin sus propuestas de *cómo debe ser* esta misma. Si bien desde sus primeras obras se puede leer este interés por las ideas estratégicas, lo cierto es que no fue hasta 2004 cuando Wright concibe y comienza un proyecto que le llevaría a viajar durante cuatro años, dando 50 charlas en 18 países, para pulir sus ideas y escribir finalmente su obra más “pragmática”: *Envisioning Real Utopias*. Lo que querían conseguir él y sus colaboradores con el proyecto completo de utopías reales era “dar con unos principios institucionales funcionales claramente elaborados que pudieran inspirar alternativas emancipadoras al mundo existente”<sup>68</sup>.

El modo de proceder de esta obra puede clasificarse como “rawlsismo metodológico”<sup>69</sup>: una forma deliberadamente a-institucional y a-histórica de abordar los problemas normativos con el fin de ganar así más claridad conceptual. Tomemos por ejemplo su conocida distinción entre “deseabilidad”, “viabilidad” y “factibilidad”. La primera noción remite a lo deseable normativamente en abstracción total de sus posibilidades de realización y de las consecuencias previsibles (útil, nos dirá, para clarificar valores); la segunda noción incluye el estudio de las consecuencias previstas; la tercera noción es la condición de ser realizables las medidas analizadas en el contexto histórico concreto en base a las fuerzas existentes para ello. Una medida podría ser deseable y viable pero sus defensores no tener *aún* las condiciones para llevarla a cabo. Esta intuición es difícilmente objetable. El problema surge cuando intentamos apresar la diferencia entre “deseabilidad” y “viabilidad”. Aceptar discutir en esos niveles de idealidad en los que se mueve Wright puede conducir a que se defienda que hay cosas que llamamos “deseables” a pesar de no ser “viables”, lo cual no significa que no puedan hacerse ahora, sino que tendrían efectos imprevistos que nos alejarían de los objetivos perseguidos. Esto es, te puede llevar a defender cosas (supuestamente) “deseables” que son, en realidad, *indeseables*. Si, pongamos por caso, la implantación de la renta básica universal tuviera como resultado una

<sup>67</sup> D. Stark “Class Struggle and the Transformation of the Labor Process: A Relational Approach”, en *Theory and Society*, 9, 1980, pp. 89-130.

<sup>68</sup> E.O. Wright, *Construyendo Utopías Reales*, op. cit., p. 9.

<sup>69</sup> M.J. Bertomeu y A. Domènech, “El republicanismo y la crisis del rawlsismo metodológico” en *Isegoría*, 33, 2005, pp. 51-75.

reducción masiva del tiempo de trabajo (no sólo del remunerado, sino de todos los tipos de trabajo) entonces la propuesta no sería “deseable” pero “no viable”: sería sencillamente indeseable<sup>70</sup>.

Una objeción similar puede aplicarse a la distinción que Wright establece entre el estatismo –como un modelo social defendido supuestamente por el grueso de la tradición del socialismo revolucionario marxista– y el socialismo democrático. Los cuatro últimos capítulos de *Envisioning Real Utopias* pivotan sobre una hipótesis histórica de la que no se aporta prueba alguna: supuestamente los socialistas revolucionarios habrían despreciado las transformaciones *intersticiales* (aquellas que se desentienden del Estado y buscan auto-organizar el cambio social desde la sociedad civil, impulsadas ante todo por anarquistas y la tradición de la “autonomía”), así como habrían despreciado las transformaciones *simbióticas* (aquellas que buscan transformar la sociedad desde el Estado reformándolo en el camino, impulsadas ante todo por los socialdemócratas). Los revolucionarios clásicos habrían apostado por una ruptura concebida como la toma del poder –violenta o electoral– por parte de un partido. La consigna que resumiría esta estrategia sería: “destruye primero, construye después”<sup>71</sup>. El papel del SPD de preguerras, la Barcelona revolucionaria durante la Guerra Civil, la Yugoslavia de Tito, o el PCI de posguerra, pueden servir de fáciles contraejemplos, pero la lista sería mucho más larga. La pluma de Wright parece tomar aquí aires de Edmund Burke escribiendo sobre la Revolución Francesa, pero dentro de un vocabulario de Guerra Fría. Hemos señalado dos ejemplos importantes, pero esta crítica se podría extender a otras distinciones claves sobre las que está construido el proyecto de Utopías Reales. Por ejemplo, no queda muy claro qué distingue exactamente la “justicia política” de la “justicia social”; e incluso el concepto de “poder social” en que descansa todo el proyecto queda falto de un tratamiento más pormenorizado que lo perfile adecuadamente.

Pero si estas reflexiones en *Envisioning Real Utopias* quedan como “suspendidas” en el aire, los capítulos finales de *Understanding Class* pueden aumentar la confusión. En los dos últimos ensayos de esta obra Wright se centra en la estrategia simbiótica y aborda el problema de cómo comprender los compromisos de clase en sociedades capitalistas. Primero hará una distinción fundamental entre compromisos “negativos” de clase –aquellos en los que hay un juego de suma cero, se llega a un punto muerto en el conflicto y se pacta un compromiso cuyas contrapartes son reales aunque puedan ser asimétricas– y compromisos “positivos” de clase –aquellos en los que se encontraría un terreno de cooperación mutua entre clases en el que habría terrenos para un juego de suma positiva. Lo que Wright trata de defender es que siempre que el capitalismo sea, por determinadas razones, la única forma disponible de organizar la economía, un compromiso “positivo” de clase será la mejor solución para mejorar la vida de la gente, como vendría a probar la época de mayor éxito de la izquierda política: la edad de oro del capitalismo (porque permite la colaboración para incrementar la productividad y la formación laboral o la resolución cooperativa de “problemas macroeconómicos”<sup>72</sup>).

<sup>70</sup> Para una refutación de esa conocida crítica a la renta básica pueden consultarse las obras de las principales figuras del *Basic Income Earth Network*, p. ej. D. Raventós, *Las condiciones materiales de la libertad*, Barcelona, El Viejo Topo, 2007; G. Standing, *Basic Income: And How We Can Make It Happen*, London, Penguin, 2017 (hay trad. castellana: *Renta básica. Un derecho para todos y para siempre*, Barcelona, Pasado y Presente, 2018).

<sup>71</sup> E.O. Wright, *Construyendo Utopías Reales*, op. cit., p.311.

<sup>72</sup> *Ibidem*. pp. 187, 233.

Tomando pie en una lógica olsoniana el autor defenderá la necesidad del neocorporativismo mostrado con dos ejemplos nada inocentes: uno, la restricción salarial promovida por los sindicatos en vistas a controlar procesos inflacionarios; el otro, la necesidad de generar incentivos para la inversión local arraigada en el territorio y financiada mediante impuestos al trabajo (y no al capital, puesto que Wright asume que gravar al gran capital implicaría siempre evasión de capitales)<sup>73</sup>.

El argumento que se expone para sostener la postura anterior es el siguiente: bajo condiciones democráticas es altamente improbable que un partido socialista de tipo rupturista gane varias veces las elecciones como para hacer reformas de calado, y además un proceso de ruptura traería consigo un período de transición al socialismo caracterizado necesariamente como depresión, que reduciría el nivel de vida material de la gente y pondría en peligro las alianzas de clase que habrían llevado al poder a las fuerzas rupturistas. Bajo condiciones no democráticas, es muy improbable que se construyera un socialismo democrático, como vendría a mostrarnos la experiencia histórica del “socialismo realmente existente”. Por tanto, dirá, por ahora “viviremos en un sistema económico capitalista incluso si mantenemos aspiraciones revolucionarias por un mundo más allá del capitalismo”<sup>74</sup>.

Al tratar de pensar el socialismo como un estadio acabado que puede concebirse *al margen de toda circunstancia histórica*, éste queda convertido en nada más que una opción moral descontextualizada. Pero en el mismo paso en el que queda reducida a una concepción moral, queda extirpada del mundo de lo fácticamente posible, porque Wright no proporciona criterios para saber cuándo cabría pelear por un socialismo democrático y cuándo el foco debe ponerse en ese compromiso positivo de clase. La idea de “reformas no reformistas” en clave rupturista estaba muy presente ya desde su obra *Classes* de 1985 (cf. el epígrafe final). En *Understanding Class*, por el contrario, esa reflexión busca fomentar los espacios híbridos que faciliten la creación de un compromiso positivo de clase. Esta concepción de qué supuso el pacto social de posguerra no parece uniforme a lo largo de sus obras: si en *Understanding Class* aparece como un modelo a imitar en plena crisis actual, en *Envisioning Real Utopias* Wright se muestra más escéptico y el pacto aparece descrito incluso como causante del “aburguesamiento” de las clases trabajadoras, porque tales compromisos: “han permitido que los trabajadores obtengan beneficios reales. Aunque estos beneficios se han visto disminuidos en los últimos decenios del siglo XX, siguen siendo suficientemente fuertes para obstaculizar la formación de solidaridades antisistémicas”<sup>75</sup>. De esta forma las grandes estrategias simbióticas (conquista del sufragio universal y habilitación del movimiento obrero como agente central en el Estado de Bienestar) “contribuyeron a consolidar formas muy vigorosas del capitalismo”<sup>76</sup>.

<sup>73</sup> *Ibidem*. p. 244

<sup>74</sup> *Ibidem*.

<sup>75</sup> *Ibidem*. p. 119.

<sup>76</sup> *Ibidem*. p. 379. Para una lectura del sufragio universal como conquista del movimiento obrero que movilizó a las clases dominantes en contra, y por tanto no leído como un *refuerzo* del orden capitalista, véase la obra histórico-conceptual de A. Domènech, *El eclipse de la fraternidad: una revisión republicana de la tradición socialista*, Barcelona, Crítica, 2004. Para una lectura histórica de la participación del movimiento obrero occidental en las instituciones de posguerra, que rebate el argumento de Wright, cf. un artículo que polemiza con Przeworski-Panitch en W. Higgins y N. Apple, “How Limited Is Reformism?” en *Theory and Society* 12(5), 1983, pp. 603-30.

¿Cómo puede ser entonces que partiendo de la deseabilidad social del socialismo democrático –y señalando el papel de las *fuerzas vivas* que parecen acercarnos a él– se acaba llegando paradójicamente a un vago y abstracto reformismo neokeynesiano (no se olvide, planteado en plena debacle austeritaria)? Parece ahora más claro que hay una *tensión interna* entre las conclusiones a las que parecen conducir los métodos a-históricos, y las que Wright introduce sin ese método: el planteamiento de la modelización en términos de intereses materiales definidos idealmente impide ver las dimensiones políticas del problema y profundiza lo que cabría llamar una cierta ingenuidad política<sup>77</sup>. Sólo *ad-hoc* consigue Wright salvar, en algunos escritos, una perspectiva rupturista.

De nuevo fue Ellen Meiksins Wood la que apuntó al corazón del asunto: “la *forma* del Rational Choice Marxism es en gran medida su *substancia*”<sup>78</sup>. Según la historiadora canadiense la lógica política del modelo teórico del RCM es demasiado débil para producir un resultado político concreto –aparte de una vacuidad estratégica inevitable– pero, y quizás por ello, el desarrollo de las trayectorias de sus autores es instructivo sobre las implicaciones políticas de su metodología. El compromiso con los valores socialistas se fue templando en estos autores hasta alcanzar un nuevo “realismo” del que el “quietismo cínico” de Przeworski sería el mejor ejemplo. Si esto es así, si en gran medida es la “forma” la que determinó la “substancia”, entonces, como venimos defendiendo, Wright, a pesar de su trayectoria heterodoxa, no podría escapar de sus derivas políticas. Razón por la que su propio pensamiento se mueve ambivalente entre un compromiso con las fuerzas democráticas existentes (en vistas a avanzar hacia una sociedad sin explotación de clases) y, por otro lado, un supuesto “realismo” *à la Przeworski*. Si Wright quiere evitar arribar a los mismos puertos que sus antiguos compañeros quizás debiera soltar amarras y distanciarse (metodológicamente<sup>79</sup>) de un proyecto que nació con pretensiones socialistas y que ha conducido, paradójicamente, a posturas anti-socialistas. Si mantiene, por otro lado, la caja de herramientas del marxismo analítico, entonces los vaivenes y las ambigüedades que hemos visto en sus dos últimos libros no podrán, creemos, sino repetirse.

## 8. Conclusiones

Para hacer un balance justo de la obra de Erik Olin Wright no basta con señalar sus tensiones internas. Ningún autor carece de ellas. El instrumental teórico del marxismo analítico es potente y no está exento de virtudes, que pueden captarse con facilidad en la obra del sociólogo de Madison. Por ejemplo, la sistematicidad de su pensamiento es visiblemente potente y tiene fuertes ventajas expositivas<sup>80</sup>. Algunas de sus distinciones resultan especialmente útiles: es el caso de la diferencia entre

<sup>77</sup> Compárese esta visión despolitizada de Wright en plena crisis mundial con la pionera y premonitoria visión de posguerra de M. Kalecki, “Political Aspects of Full Employment” en *Political Quarterly*, 1944.

<sup>78</sup> E. M. Wood, “Rational Choice Marxism: Is The Game Worth the Candle?” en *New Left Review*, 177, 1989, pp. 41-88.

<sup>79</sup> Esta fue casi desde el principio la postura de Robert Brenner, que mantuvo su asistencia al Grupo de Septiembre a pesar de que representaba una ruptura prácticamente total con la metodología (y por tanto, con la substancia) del marxismo analítico. Véase al respecto, de nuevo, el artículo de E. M. Wood mencionado (*op. cit.*).

<sup>80</sup> Cf. por ejemplo el capítulo cuarto de *Construyendo Utopías Reales*, *op. cit.*

“opresión” y “explotación”<sup>81</sup>. Algunas de sus intervenciones metodológicas son válidas y de gran interés: así para su reedición de la crítica al funcionalismo en el que caen algunos sociólogos contemporáneos –cf. el capítulo en *Understanding* sobre C. Tilly. Otras de sus aportaciones propias recogen intuiciones básicas de una forma clara y rotunda: como su defensa del concepto de clase como un concepto relacional y no gradual, que refleja relaciones de antagonismo cuyo origen está en diversos y complejos mecanismos de explotación, la cual se halla en cualquier caso incardinada en las relaciones sociales de producción y no se deriva de las relaciones de intercambio o de la mera división técnica del trabajo. En tiempos de *teoreticismo* postmoderno e hiperinflación discursiva en el mundo de la teoría sociológica es también de agradecer su sistemática investigación empírica. Sus valoraciones de brocha gorda de lo que fue conocido como “socialismo realmente existente” y en general de la historia del socialismo traslucen un escaso interés por la investigación histórica, pero puede decirse que, en todo caso, se hacen siempre dese unos principios e intuiciones morales pertinentes y honrados. Y la capacidad de acuñar metáforas claras que simplifiquen en una imagen o concepto todo un hilo de argumentos es asombrosa: la idea de la “brújula socialista” en un momento histórico en el que no contamos con “bolas de cristal” ni “mapas de carreteras” es muy sugerente.

Hacer balance de uno de los principales sociólogos contemporáneos con más de 40 años de trayectoria investigadora no es tarea fácil. En este artículo hemos ofrecido una revisión de lo que consideramos los principales logros y límites del sociólogo norteamericano. Muchos aspectos polémicos y virtuosos de su obra han quedado necesariamente sin debatir, y en muchos de los debatidos no se ha profundizado lo que los propios problemas merecieran, pero esperamos que al menos se hayan puesto de manifiesto las principales coordenadas teóricas del autor, analíticas y normativas, lo suficientemente como para tener un mapa general de su proyecto.

Han pasado 41 años desde que Wright publicara su primer ensayo sobre las clases sociales. Muchas de sus posiciones han evolucionado, aunque hemos pretendido mostrar cómo en lo fundamental no lo han hecho tanto. Cabe ahora preguntarse, siguiendo esa tradición anglosajona que analiza *the politics of theorie*, cuáles son las implicaciones políticas de las teorías de clases sociales estáticas y deshistorizadas. Y si no corren estas teorías *a corriente* de una época en la que interesaba precisamente dejar de lado el problema de la formación histórica de las clases<sup>82</sup>. En suma, ¿estaría Erik Olin Wright segando la hierba bajo sus pies?

<sup>81</sup> Una coalición de agentes S es oprimida económicamente, y otra coalición S' oprime, si y sólo si: (1) Hay una alternativa que podemos concebir como hipotéticamente factible, en la que S estaría en mejor situación que en la actualidad; (2) Para que esta alternativa fuera real, la coalición S' estaría en peor situación que en la actualidad; (3) La coalición S' ejerce dominio sobre la coalición S impidiéndole retirarse del juego. Pero para que haya *explotación* debe comparecer un rasgo más: (4) La coalición S' se apropia del producto excedente fruto del trabajo de la coalición S. ¿Qué ilumina esta distinción? La idea de que con la opresión la clase opresora tiene intereses en mantener sus derechos de propiedad; pero si hablamos de explotación, la clase explotadora tiene interés *en el trabajo* de los explotados. No puede prescindir de ellos, depende de ellos. Un opresor puede estar interesado en el genocidio de los oprimidos, un explotador no. El explotador ha de entrar a vigilar y regular el *esfuerzo* de trabajo del explotado (*Classes*, *op. cit.*, pp. 75 y ss).

<sup>82</sup> Puede verse este argumento en la historia conceptual del concepto de “clase” para la sociología británica en M. Savage, “The Fall and Rise of Class Analysis in British Sociology, 1950-2016”, *op. cit.*